



DOCUMENTOS del OCOTE ENCENDIDO

Nº 51

ENERO 2007



¿CUÁLES SON LOS DESAFÍOS DE LOS TEMAS TEOLÓGICOS ACTUALES?

P. José Comblin

Comités Oscar Romero
C/ José Paricio Frontiñán s/n - 50.004 - Zaragoza D.L.Z. 147-89

PRESENTACIÓN

José Comblin es un verdadero resistente de la Teología de la Liberación. Con sus más de 80 años y, aunque ha residido en Chile y Brasil, donde colaboró en el equipo de Monseñor Helder Cámara en Recife, mantiene una hiperactividad pastoral que le lleva a seguir recorriendo América Latina y el Caribe cuando es reclamado para impartir charlas y cursos y a continuar publicando su abundantísimo trabajo en libros, revistas y ahora, también en la red.

En este caso os ofrecemos los tres primeros capítulos de su reciente libro *“¿Cuáles son los desafíos de los temas teológicos actuales”* (2005), un lúcido recorrido por la coyuntura actual de la reflexión teológica y sus principales retos de cara al futuro. Además de los tres temas que aparecen en esta publicación (los pobres, el diálogo interreligioso y la revelación), en este trabajo, todavía sin publicar en castellano, Comblin habla sobre otros temas fundamentales como Dios, la cristología, la eclesiología, la misión, la bioética, etc.

Agradecemos al movimiento Somos Iglesia de Chile la labor de traducción de estos capítulos y a Proconcil el haberlos difundido.

INTRODUCCIÓN

Como dijo el historiador Eric Hobsbawm: "El siglo XX fue breve". Comenzó en 1914 con la primera guerra mundial y terminó en 1991 con el desaparecimiento de la Unión Soviética y el advenimiento de la única superpotencia mundial. De hecho, esta última fecha abre una época nueva. Mientras que el año 2000 no fue marcado por ningún hecho significativo - e incluso los acontecimientos de 11 de setiembre de 2001 podrían haber sido previstos desde 1991. Eso nos permite decir que ya tenemos unos 15 años de experiencia del siglo XXI. Ya podemos tomar nota de algunas características que estarán presentes en este siglo recién iniciado.

Lo que de ahora en adelante condiciona todo es el nuevo imperio americano. Antes los Estados Unidos procuraban mantener su dominio sobre la mitad del mundo, con el deber de defenderse contra un enemigo de potencia semejante que dominaba la otra mitad. Ahora los Estados Unidos se atribuyen a ellos mismos la misión de dirigir el mundo entero. En la ideología imperial, la finalidad es la paz mundial, así como dijeron todos los imperios- y sobre todo el imperio romano, con el cual los americanos de hoy gustan identificarse. Ese imperio es militar y político en primer lugar, pero garantiza tam-

bién la globalización de la economía, o sea, su integración en la economía americana. Además de eso, los Estados Unidos dominan la cultura mundial y consiguen cambiar costumbres y tradiciones locales, implantando en todas partes su modo de vivir. Nació un pensamiento único, un modo de vivir único, un sistema de valores único. Quien no se adapta queda fuera de la red de comunicación mundial. Su nombre es ignorado.

El imperio americano promueve, en el mundo entero, una cultura de individualismo radical. Practica el neoliberalismo, que hace del ser humano una mercadería. El mundo es visto como un gran mercado en que todos los seres humanos, como compradores o vendedores, están en una competición constante. En esa competición hay vencedores y vencidos. El grupo de los vencedores es el compuesto por las grandes multinacionales, en su mayoría americanas, y el de los vencidos son los países débiles y los sectores débiles de los países ricos.



Eso ya está relacionado con la teología: el reino del dinero no es algo insignificante para un cristiano, Además de eso el imperio mundial se muestra como representante oficial y como misionero del cristianismo. El tiene una ideología con base religiosa. El imperio es cristiano, fanáticamente cristiano, esta dirigido por una nueva clase que domina actualmente el partido republicano, la llamada nueva derecha. Eso también interesa a la teología.

El imperio mundial se muestra como representante oficial y como misionero del cristianismo. Es un tema teológico de por sí y merece serias reflexiones.

Ocurre que el triunfo americano vació las otras ideologías y cuestionó las otras religiones- también los sectores del cristianismo que no se reconocen en el mesianismo norteamericano. En el mundo occidental las filosofías dominantes de la posmodernidad son las filosofías que predicán el abandono de las grandes causas de la humanidad, el retorno a la casa, a un ideal pequeño-burgués, con un pensamiento "light" que se contenta con los pequeños placeres de la vida. El mundo pertenece al imperio, y los filósofos ofrecen recetas para quien busca consuelo. La posmodernidad es un fenómeno europeo. Hay una toma de conciencia de que Europa perdió el liderazgo de la cultura occidental y de que ahora todo procede de los Estados Unidos.

La teología dominante, la del imperio, es la teología de la prosperidad. Ella garantiza que Dios dará la prosperidad a todos los que adhieren al sistema. Dios resuelve todos los problemas individuales; por consiguiente, no hay más problemas sociales. Como decía Margareth Thatcher: "la sociedad no existe, solamente existen individuos". Si la sociedad no existe, necesitamos solo una religión para el individuo. Esa teología es

difundida por decenas de millones de predicadores y misioneros pentecostales en todo el mundo. Todo quedó muy simple: Jesús salva, Jesús resuelve, Jesús perdona, Jesús da paz y felicidad a todos. Basta querer, basta aceptar... y hacer un depósito en la cuenta bancaria del misionero.

El imperio es un tema teológico de por sí y merece serias reflexiones- aunque en la actualidad pocos se interesen por él, siendo ese el caso del Departamento Ecuménico de Investigaciones (DEI) de Costa Rica. Los teólogos vienen siguiendo el movimiento de la sociedad global. Delante del triunfo aplastante del sistema; quedaron intimidados. En ese sentido las Iglesias hoy están mudas, convencidas de que no se saca nada con hablar, toda vez que i"ellos" son demasiado fuertes!

El imperio está en la raíz de otro desafío: el de las grandes religiones mundiales. El imperio tiende a la globalización y aproxima a los pueblos. El lo hace a su manera: domina el mundo en nombre del Dios de los cristianos. El es la imagen histórica del cristianismo en medio del mundo. Lo que los Estados Unidos hacen, es hecho en nombre de la religión cristiana. Eso sitúa de manera muy específica las relaciones entre las religiones del mundo. El cristianismo es la religión del dominador, y las otras son religiones de los dominados. Es en ese contexto que debemos pensar las relaciones entre religiones. Dentro del imperio no podemos permanecer neutros porque ya estamos en un lugar determinado. Ya fuimos identificados. Podemos aceptar esa identificación o dar señales claras de que no solidarizamos con ella. Necesitamos definirnos en términos claros, de tal modo que nuestra posición sea visible. Debemos definir nuestras relaciones dentro del imperio mundial. No estamos encima del imperio o distantes de él, como un partido imparcial. Estamos dentro. ¿No se tiene la impresión de que las Iglesias hayan cortado todo lazo de dependencia del imperio?

¿Cómo se hará el encuentro con las grandes religiones del mundo con las cuales se identifican las grandes masas humanas? Si hoy las Iglesias quieren evangelizar, no pueden evitar el diálogo con las grandes religiones- como se hizo desde

el siglo XVII, cuando Roma cortó las relaciones con las religiones de la China y de la India, condenando a los jesuitas que se habían lanzado a la misión. Fue la primera gran chance de evangelización perdida por causa del fetichismo de los dogmas. En aquella época, la burocracia vaticana fue más fuerte que el impulso de los misioneros. Y esa no fue la última vez.

En el presente, el problema está nuevamente puesto en condiciones que no fueron definidas por nosotros, sino por el imperio de los Estados Unidos. A los ojos de los otros, estamos del lado de los dominadores hasta que nos manifestemos claramente en el sentido contrario. Entre los dominadores y los dominados no podemos permanecer neutros, como si no tuviésemos nada que ver con eso. Estamos en el centro del drama. Quien no quiere escoger ya escogió.



Delante de esa situación hay dos posiciones posibles. O creemos que, el camino de la evangelización del mundo pasa por el imperio americano, así como pasó por el imperio romano, por el imperio de Carlomagno, por el imperio germánico y por el imperio español en América.



Sería, de cierto modo, ser fiel a una larga tradición histórica. Es bien posible que el imperio americano consiga cierta penetración cristiana en los países asiáticos o africanos mediante una penetración de sus misiones de tipo neo-pentecostal. Esto no puede ser descartado.

Los métodos del marketing mostraron su eficiencia en muchas áreas del comercio y de la cultura. Y, al final, el cristianismo es la religión de mayor potencia que jamás existió en la tierra, y muchos pueden quedar fascinados por la fuerza del imperio, procurando también asimilar alguna cosa de esa fuerza. Por otra parte, las minorías cristianas de la India, de la China y del Sudeste de Asia provienen, en gran parte, del prestigio de Portugal (Goa), de Inglaterra (India) y de Francia (Indochina). Ese prestigio desapareció casi completamente, pero las islas cristianas ya están suficientemente implantadas para permanecer y subsistir por sí mismas.

Hoy la cuestión adquirió nueva urgencia: el imperio dispone de medios infinitamente superiores a los de los imperios del pasado. ¿Es descabellado que movimientos misioneros esperen que la evangelización de las grandes religiones se haga por su vaciamiento y por la conversión masiva para el cristianismo en sus diversas variedades gracias a la fuerza del imperio? Sin embargo, incluso si fuese posible realizar la cristianización de los pueblos asiáticos por medio de la fuerza material y cultural del imperio, ¿podemos moralmente aceptar ese camino, una vez que la experiencia de los últimos siglos nos abrió los ojos? Sabemos cómo se hizo la cristianización de los pueblos en el pasado de la cristiandad. ¿Podemos simplemente ignorar toda esa experiencia y pensar que el imperio actual es más cristiano que los anteriores? La metodología estaría basada en el marketing. ¿Podemos practicar un simple marketing contando con las fuerzas del mercado para conquis-

tar las almas de los pueblos? Bien sabemos que en el clero no faltará quien haga la apuesta de cerrar los ojos sobre los aspectos un poco desagradables del marketing con la esperanza de ganar la batalla y de hacer del cristianismo la religión mundial, y de la Iglesia Católica la orientadora de ese cristianismo mundial.

Podemos hasta imaginar que esa estrategia tenga éxito y que el mundo se torne cristiano por métodos de marketing. Pero, ¿qué tipo de cristianismo será difundido? ¿Todavía tendría algo de común con el evangelio de Jesucristo?

Si no creemos en la evangelización por el imperio americano (con todos sus apéndices), entonces somos convidados a buscar el diálogo. Pero eso no es fácil porque los prejuicios son fuertes. Necesitamos deshacer la fama del orgullo, de la agresividad y de la dominación que nos preceden en el mundo. Necesitamos comprobar que desistimos de la conquista. A partir de ese cambio de actitud, con distanciamiento claro de toda la fuerza militar, política, económica y cultural del imperio, podremos iniciar el diálogo, prácticamente todavía no hincado. El diálogo con las religiones del mundo es el contexto global en el que se colocan hoy todas las cuestiones. La referencia a ese diálogo es una exigencia en todas las

Estamos en un tiempo en el que se proclama que la Teología de la Liberación murió y que las comunidades de base agonizan.

cuestiones teológicas.

El tema teológico actual nos fue impuesto por el imperio. El imperio nos incorporó en

un sistema dominador. Necesitamos definirnos y definir el camino de la evangelización que queremos: ¿con las armas del imperio o por el diálogo con las religiones del mundo?

1. LOS POBRES

Es un desafío colocar a los pobres como objeto del primer capítulo. Estamos en un tiempo en que se proclama que la teología de la liberación murió, que las comunidades de base agonizan y que la pobreza dejó de interesar a la teología. La Iglesia romana eliminó a los pobres de la consideración de la teología y de la Iglesia en el documento final del Sínodo para América, en 1997. Roma extinguió lo que los obispos latino-americanos habían dicho sobre los pobres. Los pobres vuelven a ser receptores de limosnas y objeto de asistencialismo. No se ve la necesidad de que la teología se ocupe de esa realidad.

Ese rechazo de los pobres del campo de la teología oficial encuentra un terreno muy favorable en la cultura occidental contemporánea. En Europa, la filosofía afinada con la mentalidad posmoderna triunfa hace más de 30 años, procediendo de una inmensa

desilusión en relación a la modernidad en general y al marxismo y al socialismo en particular. Desde 1973, con la crisis del petróleo que interrumpió el crecimiento económico, los acontecimientos vinieron a profundizar cada vez más la desilusión. Una vez interrumpido el crecimiento, los europeos comenzaron a dudar que el desarrollo de tipo moderno pudiese realmente responder a las esperanzas que despertó desde el siglo XVIII. Por primera vez las masas europeas comenzaron a dudar del rumbo adoptado por su sociedad, lo que no acontece en los Estados Unidos, que ostentan el sentimiento de triunfo.

El socialismo se vació. Apareció un socialismo, del tipo Tony Blair, G.Schröder, Felipe González, François Mitterrand, vacío de contenido y convertido al neoliberalismo. Con la decadencia de la social democracia y el vaciamiento de la democracia cristiana, cuya señal fue la disolución de ese partido en Italia, los militantes perdieron la esperanza en la política. Cada nuevo paso confirma la convicción de que nada nuevo se puede esperar. La historia terminó, las ideologías murieron, los compromisos fueron dejados para después. Nadie cree más en nada consistente. La filosofía pos-moderna encuentra el terreno ideal en esa mentalidad. Es el fin de las

grandes narraciones y de las grandes filosofías de la historia y, naturalmente, también el fin del marxismo.

En Roma, el Papa Juan Pablo II creía que la crisis de la modernidad sería el momento de la vuelta a la cristiandad histórica. Desilusionados de la modernidad, los europeos volverían a su antigua herencia. Si Juan Pablo II pensaba así, lo que se transparentó en varios discursos en el inicio de su pontificado, se desilusionó fuertemente. Nadie volvió de la modernidad al cristianismo católico o protestante. Por el contrario, el cristianismo fue considerado como una ideología moribunda, como una gran narración sin fundamento en la realidad, y con la desventaja de ser muy anticuada. La pos-modernidad no fue útil al cristianismo. Pero, desde el siglo XVIII, Roma cree que la modernidad va a morir y que el mundo, desilusionado, volverá al cristianismo. Toda la estrategia católica fue fundada en esa convicción. Y ahora podemos constatar que tal estrategia de la curia romana-



desde el siglo XVIII fracasó. Sólo no ve eso quien no lo quiere ver. La derrota de la diplomacia vaticana en la asamblea europea, cuando fue adoptada la Constitución de Europa, fue el golpe final. Durante años la diplomacia vaticana luchó para que se realizase la ambición del Papa: que Europa reconociese sus raíces cristianas. Eso fue negado. Habría llegado la hora de hacer una evaluación. Por ahora, mientras tanto, eso no será hecho.

Actualmente, se defiende el fin de las utopías. El pensamiento se torna "light". El individualismo reina, ya que no hay más grandes proyectos comunitarios. Cada cual busca su mayor confort. El confort es el valor supremo buscado por la juventud. Sin riesgo, sin aventura, sin compromiso, sin responsabilidad, el mundo funciona por funcionar, y nada más. ¡Es el ideal pequeño burgués glorificado!

Hace aproximadamente 30 años Europa todavía significaba algo para las elites latino-americanas, especialmente para las izquierdas, que creían que podían encontrar apoyo en el socialismo de allá. Ahora todo acabó. Europa se volvió un lugar de turismo para la izquierda y para la derecha. Entretanto, hace algunos años, la pos-modernidad entró también en las clases intelectuales y tuvo repercusiones, aunque muchos

no supiesen de dónde venían esas ideas pos-modernas. Buena parte de la burguesía entró en la pos-modernidad. Basta ver lo que acontece en las universidades: ¿qué quieren los millones de estudiantes que preparan ahí el mundo del mañana? Quieren resolver su problema personal. Buscar el mejor lugar posible en esta sociedad individualista. No hay más ni proyecto, ni ideología, ni compromiso. Están solitarios, bien lejos de los sueños alimentados por los estudiantes de los años 60 ó 70.

La pos-modernidad sirvió para aumentar todavía más la desilusión latino-americana, que se inició el 11 de septiembre de 1973, en Chile. Fue como un relámpago. De repente pareció como que el mundo

Actualmente se defiende el fin de las utopías, el pensamiento se torna "light", el individualismo reina, ya no hay grandes proyectos comunitarios.

había cambiado y que las esperanzas cayeron por tierra. Después de ese golpe, las esperanzas buscaron descubrir nuevas bases, pero nunca más

fue como antes de aquel 11 de septiembre. Para América Latina esa fecha representó lo que para los Estados Unidos acontecería 28 años después. Aquel 11 de septiembre fue para América Latina el inicio del siglo XXI, el fin de su independencia, su entrada en aquello que debía ser, en el final del siglo, un imperio mundial. Más tarde hubo una renovación de las esperanzas en

Nicaragua, El Salvador y Guatemala. Pero tales esperanzas se tradujeron en nuevas y profundas desilusiones. Ese fue el caso, por ejemplo, de la forma como fueron redemocratizados Chile y Brasil, donde el socialismo latino-americano se alineó con el socialismo europeo. Cada día queda más claro que se está perdiendo la oportunidad de cambio en la sociedad. No es necesario recordar las inmensas desilusiones en Ecuador, en Perú, en Bolivia, en Paraguay, e incluso en México, con la interrogante sin respuesta de Chiapas.

En medio de todo ese desánimo, las propagandas oficiales van repitiendo que el modelo neoliberal será la salvación y resolverá los problemas de la pobreza. Basta sólo un poco de paciencia para alcanzar el desarrollo milagroso que los dirigentes suponen acreditar. Claro que no hay cómo creer en eso. América Latina continuará trabajando para pagar los intereses de la deuda, sin emprender las debidas transformaciones profundas de la economía y de la sociedad, bajo la conducción de Estados impotentes.

En tal situación, se podría esperar que la Iglesia afirmase su esperanza, la necesidad de renovar la utopía, de desenmascarar el pensamiento único y la mentira diaria de las TV, de los gobiernos, de las autoridades de todo

tipo que dejaron de creer y por eso se entregaron al imperio.

Desgraciadamente no es eso lo que acontece. Quien todavía levanta la voz son los viejos representantes del pasado, pero la generación que dirige actualmente la Iglesia abandonó a los pobres y se contenta con aceptar las mentiras de la ideología oficial. Entró en el sistema, procurando practicar su juego: adquirir poder y dinero para competir.

Mientras tanto, los pobres están ahí. Se multiplicaron desde que se implantó el sistema neoliberal, casi sin resistencia, por una traición de las elites que no hacen sino renovar la vergüenza del sistema colonial. Los pobres están ahí, no pudiendo ser escondidos, a pesar de muchas tentativas en ese sentido. Son demasiados. Están ahí y existen. Ya no podemos esconder esa realidad. Sabemos que, en el evangelio, para



Jesús, esa existencia es el pecado básico de la humanidad. No es fatalidad, mala suerte, necesidad natural. La pobreza de los pobres está directamente ligada a la riqueza de los otros que no quieren compartir.

El sistema quiere negar el problema al proclamar que el sistema neoliberal va a resolver la cuestión y hacer desaparecer la pobreza. El sistema funciona y las elites dirigentes del mundo, de las multinacionales, de los conjuntos financieros, de los grandes manipuladores de la especulación están felices. Hay mucha gente feliz hoy, queriendo que el sistema continúe y disponiendo de todos los poderes para que pueda continuar. Esas personas ganan mucho dinero, creen que la economía va bien y que, gracias al crecimiento, van a ganar todavía más dinero.

Pero los pobres están ahí. Las cuestiones fundamentales para las Iglesias continúan siendo éstas: ¿existen o no existen los pobres? El sistema, ¿está resolviendo el problema de la pobreza? No se trata solamente de la pobreza material, sino de la pobreza social, intelectual y humana. Se trata del problema del nacimiento de un mundo excluido condenado a no ser nunca nada, personas que son inútiles para la sociedad por no integrarse en el sistema. Son los "inempleables", que no tienen el mínimo de condiciones

humanas para ejercer una función en la sociedad.

Por eso, la cuestión teológica primordial, previa a cualquier exposición, es: ¿vamos a hablar de la pobreza, o vamos a silenciarla como siendo un no-problema teológico? Cualquier publicación teológica da una respuesta explícita o implícita a esa cuestión. A partir de eso ya se sabe el desarrollo de todo el contenido.

Los pobres están ahí, no podemos esconderlos. Se multiplican con el sistema neoliberal. Es el pecado básico de la humanidad.

Cualquiera que sea el nombre que se le pueda dar, la teología debe colocar en primer lugar esa cuestión previa. Si, como lo haremos aquí, optamos por la existencia de los pobres, podemos pasar a la cuestión siguiente: ¿por qué en la actualidad las Iglesias, en sus instituciones y en sus representantes, no gritan? Los que no tienen voz, tienen menos influencia hoy que hace 30 años. La Iglesia, ¿será la no voz de los que no tienen voz? A pesar del silencio de la institución, los pobres deben ser el primer tema de la teología.

La cuestión de la pobreza es básica para el tema siguiente, que es el más comentado hoy: en el encuentro de las religiones, ¿qué significa el cristianismo? ¿Cuál es el mensaje del cristianismo en medio de las otras religiones? ¿En qué el cristianismo se distingue de los otros?

Las respuestas van a depender de la cuestión de los pobres.

2. EL PLURALISMO DE LAS RELIGIONES

Los apóstoles fueron enviados para anunciar la buena nueva a todos los pueblos, cualquiera que fuese su religión. ¿Qué significa exactamente eso hoy? La inmensa mayoría de los seres humanos pertenece a una de las grandes religiones mundiales. Pero esos billones de seres humanos, ¿se identifican con la práctica del anuncio de la buena nueva que les es hecha? Finalmente, ¿qué es la buena nueva en un lenguaje que esos pueblos puedan entender?

Los "misionólogos" contemporáneos ya demostraron que repetir hoy lo que fue dicho y hecho durante 16 siglos sería, como mínimo, obsoleto, perjudicial, y provocaría una reacción de rechazo. Todo lo que fue dicho y hecho durante 16 siglos estaba basado en la superioridad militar, política, económica y cultural del Occidente (y del Oriente bizantino y ruso). ¿Cómo debemos observar a las otras religiones sin contar con una posición de superioridad material o cultural? Aquí nos aproximamos a otro tema básico: el poder. ¿Cómo evangelizar sin superioridad de poder?

La alternativa sería integrar la misión en el imperio

americano, como fue hecho en el pasado con los antiguos imperios. ¿Sería moralmente posible hacer eso hoy?

La doctrina católica tradicional era de una arrogancia objetiva cruel. Enseñaba que solamente se salvarían los que perteneciesen a la Iglesia Católica y se sometiesen a ella, y que todos los otros serían condenados al infierno eterno. ¿Cómo fue posible ser tan arrogante?. Era la arrogancia del poder. Solamente en el siglo XX que algunos teólogos y autores espirituales buscaron algunas salidas para salvar, por lo menos en parte, esa inmensa masa humana. Se dice que San Francisco Javier tenía insomnios pensando en la condenación eterna de la multitud de paganos que había en la India. ¿Debemos pensar que los teólogos y los obispos que habían deformado de esa manera la cabeza de Francisco Javier estaban desprovistos de sensibilidad humana? Habrá que pensar que San



Francisco Javier tuvo su mente deformada por la teología que aprendió. La base de todo era el poder. Él era representante de un inmenso poder espiritual fundado en el poder material de la cristiandad. La voluntad de poder torna ciegas a las personas, sobre todo si lo que se busca es el poder de una institución.

Si esa institución tiene conciencia de ser divina, todo le es permitido. Las personas pueden tener una conciencia individual muy humilde y ser arrogantes en su comportamiento social. En nombre de Dios todo es permitido, todos los abusos son legitimados. La historia de las misiones registra haber sido eso lo que ocurrió en el encuentro con las otras religiones, con la cobertura de los imperios.

Los doce franciscanos de la provincia de Extremadura que llegaron a México para evangelizar la Nueva España creyeron que lo más urgente era bautizar para que esos paganos por lo menos se salvaran. Si no fuesen bautizados se irían al infierno.

Creían que la evangelización vendría después, era más urgente bautizar. Bautizaron con las propias manos a más de 4 millones de indígenas. No importaba si no había tiempo para explicarles lo que era el bautismo. Lo importante era salvar las almas del infierno. Para los misioneros del pasado bautizar siempre

fue más importante que evangelizar. Y evangelizar era enseñar el catecismo.

¿Como fue posible ser tan arrogante? Era la arrogancia del poder.

Estaba implicado en eso que las religiones de los paganos no los ayudarían en nada para salvarse. Por el contrario la doctrina afirmaba que las religiones paganas eran obra del demonio para confundir a los seres humanos. Incluso cuando ellas decían cosas muy semejantes al cristianismo, era para engañar mejor y para seducir a los pobres paganos. Fue ese el modo como los franciscanos procuraron explicar a los jefes religiosos de la Nueva España que los cristianos eran portadores de la verdad y los otros no. Y eso porque

los franciscanos todavía respetaban a los sacerdotes nativos que los escuchaban. En el siglo XVII, las religiones de los indígenas fueron sistemáticamente destruidas en todas sus expresiones y sus fieles fueron cruelmente perseguidos. Todo en nombre de Dios, con la mayor humildad.



En el siglo XX, comenzó un nuevo recorrido. Algunos hallaron demasiado cruel la condenación de la inmensa mayoría de la humanidad al infierno. Buscaron maneras de salvar por lo menos una parte de esa humanidad. Comenzaron por el lado de la conciencia. Los paganos podían no ser subjetivamente culpables de todas las falsedades que aceptaban. Aunque sumergidos en el error, podían salvarse por la conciencia errónea, concepto aceptado en la teología moral.



Un paso siguiente fue reconocer que los paganos podían realizar obras buenas- obras de caridad-, que podrían merecerles la salvación si objetivamente no tenían posibilidades de conocer el cristianismo y por eso no lo negaban. En esa concepción, los paganos podían salvarse a pesar de su religión; esta era todavía concebida como totalmente errónea. Quien se convertía al cristianismo debía abjurar solemnemente y condenar todo lo que había en su religión anterior.

Cuando se produjo la descolonización, o sea, la ruina de los imperios en los que se apoyaban los misioneros, se tornó difícil enseñar todavía la idea de la superioridad intelectual y moral del hombre blanco y, por consiguiente, la idea de la inferioridad mental o moral de las otras religiones. Ya no era posible

mantener la condenación de esas religiones como siendo obras del demonio. Era preciso releer la relación entre el cristianismo y las propias religiones, y no solamente con las personas que pertenecían a ellas. Esas religiones, ¿no podían tener elementos positivos? Y si ellas tuviesen elementos positivos ¿no podrían también contribuir a la salvación de sus miembros?

Así llegamos al problema del pluralismo de las religiones, uno de los objetos centrales de la reflexión teológica de hoy. Si las religiones del mundo pueden tener un papel positivo en la salvación de sus miembros, debemos preguntarnos: ¿de dónde les viene esa capacidad? ¿De dónde viene su poder de salvar?. Eso nos lleva todavía a otra cuestión: ¿no será porque recibieron también una forma de revelación de Dios? ¿No habría también un don de Dios en ese poder y salvación?

De esa forma llegamos a la revisión del concepto de revelación. La revelación no es don exclusivo del cristianismo. Ahora bien, si todas las

religiones recibieron algo de la revelación, puede haber diálogo y comunicación mutua entre ellas. Todas pueden aprender la parte de verdad que les fue revelada. Esas son cuestiones levantadas por el pluralismo de las religiones.

Por su lado, la misión genera una relación entre el misionero y sus interlocutores. Durante siglos la relación era entre un misionero, que sabía toda la verdad y enseñaba esa verdad, y otra persona, que era ignorante. Se establecía así una relación entre todo y nada.

Ahora, ese tipo de relación queda cuestionado. Volviendo a los orígenes, se llega a la conciencia de que la misión no puede ser de conquista, ni abierta, ni subrepticia. Ella no puede ser una imposición, tampoco una imposición disfrazada por la superioridad intelectual del misionero. Hoy, la doctrina misionológica profesa que la misión se realiza en el diálogo. Un diálogo supone el encuentro entre dos personas iguales, que por lo menos se sitúan en nivel de igualdad. No hay diálogo posible entre superior e inferior. Si uno de ellos sabe todo y el otro nada, no hay diálogo, sino clase; estamos en una escuela, y la relación es de maestro y alumno, lo que es relación de desi-

El pluralismo religioso es uno de los objetos centrales de la reflexión teológica hoy que lleva a la revisión del concepto de revelación.

gualdad. El diálogo supone que los dos reconocen que pueden aprender algo del otro. Si el cristianismo sabe todo y no puede aprender nada, no

habrá diálogo posible. Debemos reconocer que hay en otras religiones elementos que nosotros no tenemos y que podemos aprender. No se puede saber de antemano lo que es, porque para eso existe justamente el diálogo.

¿Nosotros podemos aprender de las otras religiones? Ciertamente, pues la verdad cristiana es Jesucristo. ¿Podemos afirmar que conocemos y entendemos todo sobre Jesús?. Otros, a partir de otras religiones, ¿no pueden percibir cosas que nosotros no percibimos? Es bueno recordar que nuestra cultura, como las demás, es limitada; y nuestra religión depende de nuestra cultura.

No vamos a anunciar la Buena Nueva como algo que excluye o destruye todo lo que los seres humanos sabían antes. La Buena Nueva



viene al final del edificio del saber. Jesús no dijo que los judíos debían olvidar todo el Antiguo Testamento, a pesar de los errores que contenía. Preservó el Antiguo Testamento y presentó la Buena Nueva como el estado más perfecto y acabado de la fe que ya tenían. Podemos hacer la misma operación con los escritos de las otras religiones. No es preciso destruirlas, sino presentar la Buena Nueva como lo que completa y perfecciona lo que ya sabían. No deben renunciar a lo que ya sabían, sino recibir una confirmación y una profundización. Un ejemplo de eso ya tuvimos con la filosofía griega, pero todavía falta experimentar eso con una de las grandes religiones mundiales. Puede ser que el budismo sea el mejor candidato en este momento.

Los cristianos de los tiempos de la cristiandad eran extremadamente pesimistas sobre la naturaleza humana, y San Agustín solamente aumentó y justificó ese pesimismo. Era como si todo en la humanidad fuese pecado, salvo algunas excepciones que Dios consiguiera salvar. Jesús no se refleja en ese pesimismo. A la luz de los evangelios, podemos visualizar a la humanidad con más optimismo, así como el Espíritu lo enseñó a Pedro. No debemos pedir que la conversión sea una renuncia a todo lo pasado, incluso lo espiritual. Un

Si todas las religiones recibieron algo de revelación, puede haber comunicación, todas pueden aprender en un nivel de igualdad.

filósofo griego que se hacía cristiano no debía renunciar a su filosofía, mas encontraba en el cristianismo la plenitud de su filosofía.

Creemos que todos los seres humanos pueden encontrar en el evangelio una buena nueva que los libere. No podemos fijar los contornos de antemano, menos todavía mostrar a otros el camino que deben seguir, porque Dios muestra eso a cada uno de ellos y a sus conjuntos religiosos y culturales.

La teología del pluralismo religioso obliga a los cristianos a volverse sobre sí mismos para descubrir lo que es el cristianismo, en qué consiste la Buena Nueva, qué es lo que Dios quiso decir a la humanidad, dejando de lado todos los elementos de religión que fueron agrega-

dos durante los siglos. Estos tienen su valor, por lo menos en cierta tradición religiosa, pero no son el mensaje que es preciso anunciar a los otros

que son ajenos a nuestra tradición cultural y religiosa.

La búsqueda del núcleo central del cristianismo- o, como se decía en el siglo XIX, de la "esencia" del cristianismo- no puede ser hecha por cristianos aislados del mundo. Este es un trabajo que se hace en diálogo. En diálogo con otros, descubrimos muchos elementos que pensábamos básicos y necesarios, y

que no pertenecen necesariamente al evangelio. Ellos mismos proporcionan métodos y conceptos que nos permiten hacer el análisis crítico de nuestro propio mensaje. De esa manera, ellos mismos contribuyen a su evangelización, porque van ayudando a descubrir el sentido del anuncio de Jesucristo.

Durante siglos, se pensó que la tarea de la teología consistía en potencializar la doctrina, introduciendo en ella todos los conocimientos humanos. De la Summa Theologica muchos querían hacer una enciclopedia o síntesis universal de las ciencias. La neo-escolástica ya había aumentado mucho el volumen de la doctrina. Cuando aparecieron las ciencias humanas de la sociedad moderna, creyeron que era necesario incluir todo en la teología. Pío XII creía que debía tratar de todos los asuntos y que la Iglesia debía dar su opinión sobre todas las materias. Con el creci-

miento notable de la administración de la curia, esa tendencia ganó fuerza, y la Iglesia pasó a hablar, sobre todo, siempre con el sentimiento de decir la verdad que los otros no saben, o de decir más perfectamente que los otros lo que ellos pensaban. La Iglesia se atribuyó la función de decir la palabra final sobre todos los asuntos. Suponen que el prestigio de la Iglesia está en eso y que hay personas que van a convertirse gracias a la vastedad de la doctrina.

Tenemos pocas experiencias de misión en diálogo con las religiones, porque lo que más determinó la historia del cristianismo en el imperio romano fue el diálogo con los filósofos griegos. Casi nada sabemos de lo que aconteció con los cristianos en el imperio persa. Ya que estos cristianos eran tratados como espías del imperio romano; no tuvieron mucha oportunidad de desarrollo. Era preciso examinar más atenta-



mente lo que aconteció en la Iglesia de Etiopía, ya que es la única que nos llega de los primeros siglos. Y procurar juntar una documentación sobre la experiencia de evangelización sin conquista. Ver, por ejemplo, como en Corea el cristianismo y las religiones locales reaccionaron una sobre la otra.

La experiencia de los filósofos cristianos fue una experiencia de elites sociales e intelectuales. Lo que conocemos menos es el contacto y la comunicación entre el cristianismo y las otras religiones entre los pobres.

De cualquier manera, sabemos que, de ahora en adelante, el progreso de la teología consiste en disminuir en lugar de aumentar, en buscar lo que es fundamental, buscando mirar a Jesús independientemente de toda la tradición ulterior, al contrario de lo que se hizo en la cristianidad, que era conocer a Jesús por medio de la tradición cultural en que se presentaba. Otras cuestiones permanecen abiertas: ¿fue Dios quien quiso la pluralidad de las religiones? ¿Esa pluralidad está destinada a perseverar para siempre? ¿De qué manera podemos imaginar el relacionamiento entre cada religión y la misión cristiana? ¿Tal relacionamiento apuntaría a subrayar aspectos homogéneos o cada religión tendría un destino diferente?.

3. REVELACIÓN

La doctrina tradicional es muy clara. Hay una revelación natural que se manifiesta en los conocimientos humanos sobre Dios. Y hay una revelación sobrenatural en la cual Dios interviene directamente por intermedio de personas escogidas para transmitir a los seres humanos lo que quiere comunicar. Hay solamente una revelación sobrenatural que es la revelación hecha a los autores del Antiguo y del Nuevo Testamento, los cuales prepararon, presentaron o explicaron la revelación hecha por Jesús. En las otras religiones todo procede del conocimiento natural de los pueblos. No habría intervenciones de Dios que pudiesen ser comparables con las revelaciones del Antiguo o del Nuevo Testamento. Eso es lo que afirma la doctrina tradicional.

La teología del pluralismo religioso obliga a los cristianos a volverse sobre sí mismos para descubrir qué es realmente el cristianismo.

Sin embargo, en la actualidad surgió una serie de hechos que cuestiona la doctrina tradicional. En primer lugar, en los últimos dos siglos

los estudios bíblicos cambiaron bastante la idea que se hacía de la Biblia. Tales estudios destacaron, cada vez más, la parte humana de la Biblia. Ya no hay cómo sustentar que todas las palabras en ella escritas fueron inspiradas directamente por Dios. También no hay cómo defender que todos los pensamientos que están ahí expresados sean pensamientos de Dios. Los libros ahí

reunidos son el resultado de una larga historia en que interfirieron muchas personas, diversos factores y varias culturas.

Si los libros religiosos de los otros pueblos expresan toda una cultura y son el resultado de toda una historia, en eso no son diferentes de la Biblia porque aconteció la misma cosa con ella. Ya no podemos pensar que Dios dictó los textos bíblicos tales cuales están escritos, como todavía hoy hay musulmanes que dicen eso del Corán. Los libros traen la marca de diversas épocas, diversos autores y diversas fases en la vida del autor. Los estudios destacaron todo lo que se debe a la cultura, al estilo personal, a las circunstancias de la época. Hay una diversidad literaria muy grande que sólo se puede atribuir a Dios suponiendo que el usó estilos diferentes para hacer pensar a los lectores que hubo muchos autores cuando hubo uno sólo. Eso sólo sería posible si viniese de un Dios muy bromista.

Además de eso, hay una evolución en las doctrinas bíblicas. La Biblia comienza con una forma de politeísmo y termina con el monoteísmo. ¿Dios sería autor de las dos concepciones? ¿No se debe suponer una gran autonomía de los autores, ya que sus escritos defienden

conceptos desmentidos por fases ulteriores de la evolución de la Biblia? No es aquí el caso de exponer la teología bíblica actual, pero es útil mencionar que la parte humana de la redacción aparece cada vez más claramente. Es cada vez más difícil situar donde se halla la intervención de Dios en la Biblia. Ese libro divino es también muy humano y, por consiguiente, no radicalmente diferente de otros libros religiosos. Con eso, podríamos caminar hacia dos direcciones diferentes: hacia una concepción que diría que todo es revelación o hacia una concepción que diría que nada es revelación. Una teología de la secularización estaría más atraída por el segundo camino. En el diálogo con las religiones podríamos ser atraídos por la primera concepción.

La Biblia es un libro divino, pero muy humano al mismo tiempo. Ya no podemos pensar que las palabras o los pensamientos en ella expuestos son, sin más, las palabras o los pensamientos de Dios.

En segundo lugar, está el problema de la historicidad. En todas las religiones, los escritores que escribieron sobre la vida de los fundado-

res atribuyen maravillas a sus héroes. En el caso de los fundadores, los historiadores concluyen habitualmente que todo eso es manifestación del inicio del culto que comienza a dirigirse al fundador y que los milagros a él atribuidos son frutos del entusiasmo religioso. En el caso de Jesús los exegetas católicos retroceden y pretenden defender la historicidad de

hechos muy semejantes. La crítica histórica para, cuando se trata de la Biblia. Mejor dicho: ella paraba, porque en la actualidad los exegetas entran cada vez más en el camino crítico en lo que dice respecto a todas las maravillas de la vida de Moisés o de los profetas, como Elías, e incluso de la vida de Jesús. Por este lado también hay semejanzas entre los libros religiosos de los paganos y la Biblia. No basta decir que las maravillas contadas por los libros religiosos no cristianos son fruto de la imaginación popular, pero que las maravillas narradas en la Biblia son hechos históricos. Tal tipo de interpretación se torna cada vez más difícil. Aquí también la semejanza de la Biblia con otros libros de género similar aumenta.

La diferencia fundamental estaría, entonces, en el contenido de esos libros. La Biblia enseñaría una doctrina nueva que no se encuentra en ningún otro libro. Es lo

que piensa la gran mayoría de los cristianos. Sin embargo, ¿qué es esa realidad nueva que solamente la Biblia revela? Esa pregunta viene siendo hecha desde el momento en que la Iglesia primitiva entró en contacto con el pensamiento griego, cuando muchos cristianos procuraron determinar la originalidad del cristianismo mediante conceptos sacados de la filosofía. Lo propio del cristianismo serían las definiciones y proposiciones que supuestamente expresan el mensaje de la Biblia mediante conceptos abstractos. El punto de llegada de esa historia son los dogmas: proposiciones consagradas por la autoridad del magisterio. Lo propio del cristianismo sería la doctrina de los dogmas.

Sin embargo, hoy, la noción de dogma se torna objeto de la crítica teológica. ¿Qué significaría el valor absoluto o definitivo de los dogmas que tendrían la propiedad de escapar de la evolución histórica? ¿Sería un



pensamiento humano situado fuera de la historia, fuera del espacio y del tiempo, en lo absoluto como si fuese el pensamiento de Dios? ¿Cómo entender y juzgar esa doctrina?

Durante siglos, la teología católica fue esencialmente un comentario de los dogmas. Los dogmas surgieron de las herejías. Pero a las herejías se podía responder de diversas maneras: con paciencia o con impaciencia. Progresivamente los obispos escogieron la impaciencia. La impaciencia de ellos se sumó a la de los emperadores que estaban preocupados por la unidad formal y por la disciplina unitaria de la religión en el imperio. Así aparecieron los dogmas cristológicos de los cuatro primeros Concilios ecuménicos.

Hoy, los historiadores y los observadores especializados muestran que es muy difícil descubrir diferencias claras entre monofisitas y nestorianos. Por la impaciencia de la jerarquía, la Iglesia ortodoxa exco-

mulgó y expulsó primero a todo el patriarcado de Antioquía, esto es, a toda la parte de lengua siríaca, abierta al Oriente. Los llamados nestorianos llegaron hasta la China, pero no tuvieron apoyo del Occidente, no avanzaron más y la Iglesia perdió la oportunidad de entrar en la China ya antes del año 1000.

Después de eso la Iglesia imperial excomulgó, con el patriarcado de Alejandría a todo el Egipto, que era la puerta abierta para el Africa. De ahí salió la primera Iglesia negra, la de Etiopía, que ya cuenta con trece siglos de existencia, pero fue también y todavía es considerada herética por ser monofisita. Por cuestión de palabras, la Iglesia perdió la entrada en Africa y solamente reapareció en el siglo XV con los portugueses. Y así incluso permaneciendo en el litoral hasta el siglo XIX. Eso por causa de dogmas. Era necesario expresar la fe en Jesús con pala-

bras semejantes en todas las regiones. La unidad de las palabras, ¿valía la separación de la mitad de la Iglesia, perdiendo la posibilidad de evangelizar dos continentes?

En el siglo XVI, el Concilio de Trento tornó definitiva la exclusión y la separación de los reformadores. Los reformadores fueron satanizados y perseguidos. Hubo 100 años de conflictos y la mitad de la pobla-



ción de Alemania fue muerta en las guerras de religión. Esas guerras provocaron la modernidad secularizada: ya que la religión provocaba la muerte de millones de personas, era preciso buscar la paz fuera de ella. Fue así que se llegó, finalmente, al tratado de Westfalia de 1648, que reconoció la división religiosa de Europa, que hasta hoy la Iglesia Católica no reconoce. Ahora bien, hoy, luteranos y católicos están de acuerdo sobre la doctrina de la justificación en nombre de la cual se exterminaron durante un siglo. ¿No habría sido mejor tener paciencia y aceptar fórmulas diferentes hasta el momento de reconocer que, en el fondo, todos estaban pensando la misma cosa?

En 1870, el Papa Pío IX impuso autoritariamente la definición de la infalibilidad, contra la opinión de gran número de obispos, de todos los católicos que estaban en contacto con el mundo moderno. Estos sabían que la fórmula de la infalibilidad iba a provocar un rechazo tumultuoso. Las personas letradas de Europa vieron en ese dogma una nueva prueba de la arrogancia y de la intolerancia de la Iglesia. A los progresos de la ciencia la Iglesia respondía que el Papa era infalible. Era como dar a entender que una palabra del Papa podía anular todas las investigaciones de las ciencias.

Hoy católicos y luteranos están de acuerdo en la doctrina de la justificación. ¿No habría sido mejor tener paciencia en vez de exterminarse mutuamente?

Hasta hoy subsiste esa fama, por lo menos en la mayoría de los europeos. ¿Valía la pena emitir tal declaración? No se podía decir lo que se deseaba de modo más pacífico sin ofender al mundo y muchos católicos, incluyendo muchos obispos?

Los dogmas sirvieron para condenar y, por consiguiente, para crear cismas, separaciones que en la historia se revelaron muchas veces factores de guerras terribles. Al lado de eso, los beneficios parecen bien secundarios.

En ese ambiente cismático nació la convicción de que los dogmas posibilitaban un mejor conocimiento de Jesús y de Dios que el de la Biblia. La Biblia era vista como confusa, redactada en un estilo popular. Le faltaba la precisión de los conceptos. La teología tomó por objeto principal los dogmas y dejó la Biblia como ilustración de los dogmas: allí podrían ser encontrados los argumentos que defenderían los dogmas. Con ese sistema, la palabra del magisterio se tornó más importante que la palabra de la Biblia, porque el sabía lo que decía la Biblia.

Sin embargo, aquí hay un problema que muchos medievales temerosos delante del triunfo de la escolástica ya expresaron: buscando la claridad, ¿no se va a ocultar el

misterio de Dios? ¿Dios mismo quiere que las cosas reveladas queden más claras y mejor enunciadas conceptualmente de lo que están en la Biblia?. ¿El estilo de la Biblia no fue justamente adoptado por Dios? ¿Dios no podía haber entregado la revelación a filósofos para que la enunciasen de modo claro, intelectual? ¿No hay allí una tentación fuerte de querer saber más de lo que es permitido saber? ¿Si hay cosas que parecen indefinidas en la Biblia, no será porque Dios las quiso así? Hay diversas maneras de interpretar la herencia de Jesús en el Nuevo Testamento. ¿No sería porque Dios no quería escoger ni imponer una línea simplificadora?

La cuestión de las definiciones dogmáticas se relaciona con la evangelización de las religiones del mundo. Los dogmas son tenidos por definitivos, absolutos e irreformables. Ahora bien, la dogmática católica y cristiana en general está expresada dentro de la cultura griega, en cate-

gorías griegas que no son las de la Biblia y que no son comprensibles por las otras culturas. El cristianismo no puede ser anunciado ignorando la cultura. Los misioneros pertenecen a una cultura en el caso, a la cultura occidental, y no pueden ignorar sus orígenes.

Afirmar que los dogmas son fórmulas absolutas, irreformables y definitivas se torna problemático. Esas palabras supuestamente dicen la verdad mejor que los textos de la Biblia, e históricamente llegan a sustituir a la Biblia. Que los dogmas sean impuestos a los cristianos de cultura occidental se puede hasta entender. Pero que sean impuestos a todas las culturas y a personas que proceden de todas las religiones, constituye un problema. Se trata de la imposición de una cultura supuestamente universal sobre las demás. Los occidentales creen que su cultura es universal, pero son ellos los que creen en eso.



La filosofía griega está basada en el concepto de "ser". Ese concepto no existe en la Biblia y no tiene igual importancia en otras culturas. La filosofía griega procura saber lo que las cosas "son". Procura definir las esencias, pero ella no tiene categorías para expresar la historia. Ella ignora la historia, el movimiento y el desarrollo. Otras culturas dicen lo que se hace, pero no lo

que se es. ¿Importa saber lo que una cosa es? ¿Su verdadera realidad no está en aquello que hace? ¿Qué significa el ser fuera

de la presencia y de la actuación en el movimiento universal? Ahora bien, la dogmática católica era y todavía es, en varios lugares, una definición de lo que todas las cosas de la religión cristiana "son". Dadas las definiciones, las verdades son hasta clasificadas de acuerdo con la importancia o el valor de la definición o el grado de importancia (solemne) de las autoridades que las definieron.

La expresión occidental del cristianismo endurece algunas posiciones, se impone a todos con una autoridad que se cree encima de la Biblia, reduce los objetos considerados y fija la doctrina.

Desde la Edad Media, creció entre las elites dirigentes la persuasión de que una expresión conceptual era superior a una expresión simbólica. De hecho, el uso de los

conceptos está en la base de todo el pensamiento filosófico occidental y de todo el desarrollo científico. Pero se puede preguntarse si ese es el instrumento más adecuado para expresar las cosas de Dios y de las religiones. El conocimiento de Dios no se puede restringir a la claridad de los conceptos. Si todo estuviera claro, es porque hay algún engaño.

Es necesario volver a las fases en que el cristianismo estaba más próximo a sus orígenes. En vez de multiplicar dogmas, la tarea consiste en desmontarlos.

Por eso, en la actualidad, crece la persuasión de que en lugar de continuar en la dirección seguida en el pasado, sería mejor volver

para atrás, esto es, para las fases en que el cristianismo estaba más próximo a sus orígenes. En lugar de multiplicar los dogmas, la tarea consiste ahora en desmontarlos. Será preciso revisar los Concilios y las definiciones de los Papas para examinar su real alcance, lo que estaba en la mente de algunos obispos hace algunas décadas. Se torna necesario estudiar la historicidad de los Concilios y de sus textos. Va a ser preciso disminuir progresivamente el número de los dogmas y, más todavía, verificar las conclusiones que fueron sacadas de esos dogmas.

Además de eso, sabemos que los Concilios ecuménicos pueden errar, como ya erraron en el pasado. En 1442, el Concilio de Florencia dijo que: "Cree firmemente, profesa y predica que nadie que esté fuera de la Iglesia Católica, no solamente

los paganos, sino los judíos, los herejes y los cismáticos pueden tornarse participantes de la vida eterna; mas ellos irán para el fuego eterno que fue preparado para el diablo y sus ángeles".



Esa doctrina ya no es aceptada por nadie en la Iglesia Católica. Documentos oficiales como el Concilio Vaticano II lo desmienten con la misma solemnidad. He ahí un ejemplo de problema que es preciso estudiar. La contradicción puede no ser tan radical como en este ejemplo, mas podremos encontrar muchos casos en que será preciso relativizar el alcance de las llamadas definiciones.

De ahora en adelante, podemos pensar que la tarea de la teología no consistirá en aumentar el volumen de las proposiciones teológicas, menos todavía en aumentar el número de dogmas. Por el contrario tendremos que volver al pasado, al cristianismo que era anterior a todo ese desarrollo para redescubrirle el núcleo, porque es solamente ese

núcleo que puede interesar a las otras culturas.

La pluralidad de las religiones lleva también a los teólogos contemporáneos, especialmente los "misionólogos", a valorizar los contenidos de las otras religiones. ¿Habría una diferencia radical entre la revelación sobrenatural y las intuiciones religiosas de los grandes fundadores de religiones? Los profetas no conocieron toda la verdad y cometieron errores. Dios les reveló que también podían errar. Él usó la cultura hebraica para manifestarse a los profetas. Usó los conceptos y las palabras hebraicas. ¿No podía haber hecho la misma cosa con los fundadores de las grandes religiones mundiales? Esas son cuestiones para la teología actual.

P. José Comblin

Traducción al español del portugués realizada por Juan Subercaseaux A., miembro del Movimiento También Somos Iglesia-Chile. Parte del libro "Quais os desafios do temas teológicos atuais?" Editorial Paulus - 2005. Sao Paulo. (Brasil).

Esperamos que te haya resultado interesante este documento, al igual que nos lo ha parecido a nosotros, y por eso creemos que no podemos guardarlo en el archivo.

Por eso editamos los **Documentos del Ocote Encendido**. En ellos podéis encontrar los análisis más interesantes de America Latina. Cada documento presenta el formato de cuadernillo de unas 30-40 páginas y tenemos prevista una periodicidad de 6 números al año.

Si te interesa recibir este Documento y nuestro Boletín, rellena y envíanos este boletín de suscripción al **Comité Cristiano de Solidaridad Oscar Romero de Aragón (c/ José Paricio Frontiñán s/n - 50.004 - Zaragoza)**

DATOS DEL COLABORADOR:

Nombre y apellidos: _____
Dirección: c/ _____ n° _____
C.P. _____ Población _____ Tlf. _____

Deseo recibir:

- Deseo recibir El Ocote Encendido y los Documentos del Ocote Encendido (15,03 euros/año)**
 Deseo colaborar como socio del Comité con una cuota anual de _____ euros.

ORDEN DE PAGO A LA ENTIDAD BANCARIA:

Banco o caja _____ Dirección _____
Datos bancarios: _____ - _____ - _____ - _____
Ruego cargen a mi cuenta los recibos que por un importe de _____ euros al año/semestre, presentará el **Comité Cristiano de Solidaridad Oscar Romero de Aragón**.

Nombre y apellidos: _____
Dirección: c/ _____ n° _____
C.P. _____ Población _____ Tlf. _____

Firma: _____

También puedes encontrar el Documento del Ocote en: